

Un tiro a las tripas

2 febrero, 2015 de [Helena](#)



Hay veces que es una suerte enorme ir a una obra sin conocer actores ni texto. Porque cuando sale bien, es sobrecogedor. Me pasó cuando fui a ver **La piedra oscura** de **Alberto Conejero**. Yo sabía, por esos meandros de la vida, quien era Rafael Rodríguez Rapún y eso fue lo que me hizo acercarme al María Guerrero a ver qué contaban de un teniente del ejército republicano que, además, había sido el secretario de La Barraca.

Salí con los ojos empañados por **un texto comprometido y sincero**. Sin artificios ni alharacas. Claro y directo como una pedrada a la cabeza. Y como dijo Lorca (que por si no lo saben fue el amante de Rafael): “un pueblo que no ayuda ni fomenta su teatro, si no está muerto está moribundo”. Yo creo que si el autor de *La casa de Bernarda Alba* (uno de

esos textos que dejó al cuidado del teniente) viera esta obra **estaría orgulloso de todos**, desde el dramaturgo hasta el último técnico.

El texto de Conejero y la dirección del argentino **Pablo Messiez** se alían a la perfección en este montaje pequeño, íntimo, como la confesión de quien se siente cobarde por no haber estado junto a quien amaba. El teatro de Messiez es un **teatro vivo**, que evoluciona, que crece, como la visión del mundo de un chico de dieciocho años al que han obligado a pelear sin explicarle por qué. No quiero pasar por alto el trabajo de **Elisa Sanz**, que no sólo ha convertido la sala en un búnquer sino **ha sabido llenarla de fantasmas**.



Me va a perdonar **Daniel Grao**, del que sí había visto algunos trabajos, que comience por su compañero de reparto. Y es que **Nacho Sánchez** consigue dejar con la boca abierta por la **sinceridad de su trabajo**, la forma en la que acepta lo que tiene enfrente y decide escuchar, simplemente escuchar, a quien le han dicho que es poco menos que el demonio. Un rojo, y además descubrirá que maricón. Sin embargo, el joven soldado al que representa, Sebastián, es capaz de pasar por encima de eso para consolar a un hombre al que le acaba de decir que lo van a matar.

Por su parte, **Daniel Grao** se encarga de dar vida a Rafael, teniente, amante de, probablemente, el mejor dramaturgo (con Lope) que hayamos tenido nunca. Alguien que como él mismo dice te enamoraba con solo mirarte. Su trabajo **parte de las tripas**, del dolor y del

miedo, y resulta conmovedora su capacidad para sobreponerse y consolar al que cualquier

otro habría considerado uno más de sus verdugos. Pero también el sabe ver más allá, sabe mirar a los ojos de ese chico y ver que ha hecho lo mismo que él: lo que tenía que hacer para sobrevivir.



El espíritu de Lorca transita por toda la función, incluso por el parecido de Sánchez que me recuerda al poeta *granaíno*, pero es eso, algo de fondo. No es una obra sobre Lorca, ni sobre la Guerra Civil. Ni sobre el amor que compartió con Rafael, aunque todo eso está y es **conmovedor el texto en el que Grao se rompe** recordando como le dio la espalda. Es una obra que habla

de escucharse, de superar el miedo y mirar al de enfrente. **Los dos personajes parten del enfrentamiento, lógico, inicial pero se reconocen.** Ambos han flaqueado, han dejado atrás personas a las que querían. Y, en cierta forma, eso da sentido a su encuentro. Les ayuda a reconocerse y a apoyarse porque cada uno reconoce los miedos del otro, que, a la vez, son los miedos del espectador.